

Palabras del P. Del Col en la Colación de Grados del sábado 7 de octubre de 2006.

En toda Colación de Grados, el director del Instituto felicita efusivamente a los noveles egresados y les desea un próspero desempeño profesional, para el bien de la juventud y en general de la sociedad de nuestra patria. Es lo que repito ahora, pero no por rutina, sino de corazón y como si fuera la primera vez, al dirigirme a ustedes, noveles profesores. Pero esta vez me es grato tener en cuenta de manera especial a los egresados del Profesorado de Ciencias Políticas, por ser los primeros egresados de tal carrera.

Carrera que se desarrolló muy satisfactoriamente, tanto para los alumnos como para sus profesores, según me consta por una encuesta y por conversaciones con la directora y demás docentes de ese profesorado.

El Instituto estaba particularmente interesado en el mismo, por contar con un valioso plan de estudios y por la importancia que reviste el formar docentes con convicciones y con preparación específica para cumplir, ellos primero, e inculcar luego en los alumnos el compromiso socio-político en orden a una sociedad más justa y fraterna. Lamentablemente, al año de crear la carrera en el Instituto, se creó la misma en el Instituto de Educación Física de la ciudad -vaya afinidad de marco-, y de rebote la matrícula de ingresantes en el Juan no llegó al número reglamentario de 20, cupo mínimo para cada primer año. El Instituto tuvo que desistir entonces de esa carrera. En el otro Instituto la carrera no prosperó y se cerró. En el Juan, en cambio, la carrera prosiguió y llegó a feliz término. Y hoy nos gozamos con la presencia de sus primeros egresados.

Esto me da pie para unas reflexiones de circunstancia, valederas, sin embargo, como podrán apreciar, para todos ustedes, noveles profesores, pues a todos les incumbe tener y promover el compromiso socio-político a través de la docencia y también a través de su conducta como ciudadanos. Recuerdo que la finalidad de la educación, en famosa expresión de Don Bosco, es justamente la de “formar honestos ciudadanos y buenos cristianos”.

Urge, sin duda, un cambio en la política, para que esté de veras al servicio del bien común. A escala mundial no cabe duda. Así, por ej., no se justifica la llamada “ideología del poder”, que ha dado lugar al “nuevo barbarismo que amenaza la paz mundial”, es decir, el terrorismo, como puntualizó la Santa Sede, en la persona del Arzobispo Giovanni Lajolo en el debate de la Asamblea General de la ONU, cuya sesión se celebró entre el 19 y el 29 de setiembre p. pdo.

Tampoco se justifica la carrera de armamentos, en particular nucleares, pues se teme, por ejemplo, que en la explosiva región del Medio Oriente se inicie una carrera bélica con armas atómicas. Con estas ya cuenta Israel. Irán, Egipto y Turquía tienen sus propios planes atómicos, al parecer para afrontar sus necesidades energéticas. Pero Mark Fitzpatrick, especialista en no-proliferación nuclear del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, sostiene que “contar con una infraestructura nuclear es el primer paso en el camino de las armas atómicas. Paquistán, por ejemplo, tomó esa ruta” (cf *La Nación*, 26 de setiembre de 2006)

Como ejemplo de política no solo riesgosa o amenazadora, sino claramente bélica es el hecho de que el Congreso de los Estados Unidos haya dado últimamente la aprobación final a un proyecto de ley de financiamiento para el Pentágono que prevé otros 70.000 millones de dólares para las guerras en Irak y Afganistán. Con este proyecto de ley, el Congreso habrá aprobado más de 500.000 millones de dólares en guerras, con la mayor parte de ese dinero gastado en Irak (cf *Ibnews*, 1 octubre 2006).

Semejantes sumas y otras, más abultadas todavía, que Norte América y otros países gastan en armamento son como bofetadas a la humanidad, y en particular a las naciones

afectadas, so pretexto de eliminar el terrorismo y crear o afianzar el régimen democrático. Se podrían aducir tantos otros ejemplos de despilfarro del dinero en instrumentos de destrucción y de muerte, así como violaciones flagrantes de derechos humanos por abuso del poder y la consiguiente violencia física o psíquica.

La crisis mundial por el abuso del poder repercute y se ramifica en varios países, el nuestro incluido. No es el caso de ejemplificar. Sí es el caso de apelar al compromiso socio-político que todos debiéramos asumir y concretar en la medida de nuestras posibilidades. Ustedes en especial, noveles egresados, debido a su profesión, su juventud, su idealismo, pueden y deben contribuir a una nación mejor, a un mundo mejor.

Hoy se insiste, y con razón, en el diálogo, en el mutuo entendimiento, en la tolerancia. Solo así se puede derrotar la violencia, el fundamentalismo religioso, el fanatismo. Con la tolerancia propia de quien exige derechos, Gandhi en su momento se opuso al gobierno británico de la India, logrando la independencia de ese inmenso país. Repetía incansablemente en sus discursos: “Dado que el mal sólo se mantiene por la violencia, es necesario abstenernos de toda violencia ... Si respondemos con violencia nuestros futuros líderes se habrán formado en una escuela de terrorismo...” Además, “si respondemos ojo por ojo, lo único que conseguiremos será un país de ciegos”.

No-violencia, pero no indiferentismo, no “dejar hacer, dejar pasar (laissez faire, laissez passer)”, no individualismo, no egoísmo, no abstencionismo.

La Iglesia misma insta a los laicos a comprometerse en lo social y en lo político.

Respecto al ámbito social, Pablo VI en la *Populorum Progressio* dijo:

“Los seculares deben asumir como su tarea propia la renovación del orden temporal; (...) pertenece a ellos, mediante sus iniciativas y sin esperar pasivamente consignas y directrices (de la jerarquía), penetrar del espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven” (n. 81).

El mismo Pontífice en la *Octogesima Adveniens* dirigió nuevamente a todos los cristianos este apremiante llamamiento:

“Que cada cual se examine para ver lo que ha hecho hasta aquí y lo que debe hacer todavía. No basta recordar principios generales, manifestar propósitos, condenar las injusticias graves, proferir denuncias con cierta audacia profética; todo ello no tendrá peso real si no va acompañado en cada hombre por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva” (n. 49).

Respecto al ámbito político propiamente dicho, Pío XII, en un discurso a los universitarios católicos llegó a afirmar:

“La política es el campo de la caridad más vasta, la caridad política, de la cual se podría decir que no hay otra superior, excepto la religión” (cit. por Domingo Mangano, “Cristianos en política”, en *Ciudad Nueva*, agosto de 1987, p. 9).

A su vez, el Concilio Vaticano II declaró:

“La Iglesia alaba y estima la labor de quienes al servicio del hombre, se consagran al bien de la cosa pública y aceptan las cargas de este oficio” (*Gaudium et spes*, n. 75).

Juan Pablo II recomendó encarecidamente a los laicos participar de manera activa en la política, en la acepción más amplia del término. En la Exhortación post-sinodal *Christifideles laici* no vaciló en expresar:

“Para animar cristianamente el orden temporal -en el sentido señalado de servir a la persona y a la sociedad- los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la ‘política’; es decir, de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común. Como repetidamente han afirmado los Padres

sinodales, todos y cada uno tienen el derecho y el deber de participar en la política, si bien con diversidad y complementariedad de formas, niveles, tareas y responsabilidades” (n. 42).

Gracias a Dios, incluso en la política partidista la Iglesia puede presentar figuras señeras, como Robert Schuman, Konrad Adenauer, Alcide De Gásperi, Giorgio La Pira

...

En cuanto a nuestro país, se echa de menos la presencia y actuación de políticos cristianos que respondan de lleno a los ideales evangélicos y a los postulados de la Doctrina Social de la Iglesia. A esto, sin embargo, se aspira. Una prueba de esto es el 1er. Congreso de Evangelización de la Cultura, organizado por la Universidad Católica Argentina (UCA), y que se realizará los días 3, 4 y 5 de noviembre, bajo el lema “Los católicos en la Sociedad Civil y la Política”. En Villa Giardino (Córdoba), bajo este otro lema “Sigamos caminando en comunión”, tuvo lugar, del 25 al 27 de agosto, el Foro de Laicos 2006, organizado por el Departamento de Laicos. De él participaron casi 200 personas de todo el país. En el Foro se lanzó la Red Federal de Laicos, que se propone integrar a todos los ciudadanos comprometidos en la esfera político-social por el bien común de los argentinos. La declaración conjunta resultante del Foro trae, entre otras, estas reflexiones que parecen particularmente adecuadas a la situación por la que está atravesando el país:

“Nuestra fe en Jesucristo resucitado y nuestro compromiso de cristianos nos exigen ser agentes de cambio y portadores de un mensaje de esperanza. Estamos llamados al servicio de una humanidad que espera de nosotros el testimonio del amor de Dios a los hombres. Este servicio es propio de la naturaleza del hombre. Más aún de quienes tenemos como Maestro a Aquél que se hizo servidor de todos.

... Este es el desafío: transformarnos nosotros, y a la vez, transformar las estructuras.

Para ello es necesario:

Actitud de diálogo abierto y pluralista.

Recrear vínculos que nos acerquen más profundamente al otro.

Una mirada permanente con ojos y actitud de samaritano.

Intervenir activa y eficazmente en los asuntos civiles (política, economía, educación, etc). “ (*Familia Cristiana*, octubre de 2006, p. 39).

Queridos noveles profesores, egresados del Departamento de Ciencias Políticas y de los demás Departamentos, que todos ustedes, en su ámbito específico -la docencia- y en todas las manifestaciones de su personalidad puedan ser de veras “agentes de cambio y portadores de un mensaje de esperanza”, entre los jóvenes y entre todos los compatriotas, siguiendo de cerca las huellas de Cristo, “que se hizo servidor de todos”. Y así, como dijera el presidente del Episcopado, card. Jorge Bergoglio en la homilía de la misa de clausura de la peregrinación juvenil a Luján, el 1º de este mes, dejando de lado “la discordia, la envidia y la violencia”, podamos los argentinos “recuperar la memoria de cómo se vive como hermanos”, como familia. Es lo que necesitamos, según subrayó el cardenal, “como el aire o el agua” (cf *Clarín*, 2 de octubre de 2006).